

DESAFÍO, DISTOPÍA, DIFERENCIACIÓN

DAVID CERDÁ

Master en Dirección Logística y Operaciones por IDE-CESEM



DAVID CERDÁ

David Cerdá es economista y filósofo y cuenta con Master en Dirección Logística y Operaciones por IDE-CESEM, tiene también un MBA, y es además traductor y escritor. Es responsable del departamento de Finanzas y Controlling y director de Innovación de Brenntag Iberia, distribuidor de productos químicos. También es formador y asesor freelance, y ha realizado conferencias en media docena de países e idiomas.

finanzas y Controlling y director de Innovación de Brenntag Iberia, distribuidor de productos químicos. También es formador y asesor freelance, y ha realizado conferencias en media docena de países e idiomas.

La economía mundial está incubando un alienígena cuyo aspecto nadie conoce. Un monstruo (en estos sentidos del DRAE: «Ser fantástico que causa espanto. Cosa excesivamente grande o extraordinaria en cualquier línea») que muy pocos están dispuestos a abordar. Esa criatura real y turbadora se llama **robotización**.

Estamos en condiciones de afirmar, a poco que echemos cuentas, de la mano de la demografía y los desarrollos tecnológicos, que ya están naciendo las primeras personas que *nunca* van a trabajar. Si quieren algunas cifras concretas, las primeras que empiezan a afinar el tiro, pueden leer «*Consumer spending prospects and the impact of automation on jobs*», un informe de PwC en el que se habla de un 30% de trabajos en el

Reino Unido, un 38% en EEUU o un 35% en Alemania, a la altura de 2030, *eliminados* por gracia y obra de la chatarra inteligente. Estamos hablando de los países en los que menos trabajos de este tipo hay. Echen cuentas en el resto del mundo del que nos nutrimos para según qué cosas manuales y mecánicas que en breve ya no vamos a necesitar. Lo que hemos visto hasta la fecha, en términos de productividad y automatización, parametrización e incidencia de los algoritmos, nos va a parecer una broma, un escarceo, en comparación con lo que está por llegar.

Cada vez hay más gente en el mundo, a tasa aritmética; cada vez hay más máquinas y estas cada vez hacen más cosas, a tasa geométrica. La cuenta no es solo sencilla; también es mareante y brutal.

Escucharán de los ingenuos, y de los que quieren que ustedes pasen por tales, que siempre hay algo por hacer que no se hace, y que por fin podremos concentrarnos en lo que nos distingue como humanos: componer poemas y sinfonías, cuidar con nuestra piel la piel ajena, soñar, investigar y crear. Si se nos quiere decir que esas nobles ocupaciones van a devengar en todos los casos una contrapartida económica, resulta que es mentira. No hay lectores para tantos novelistas, no hay espacio para tanta

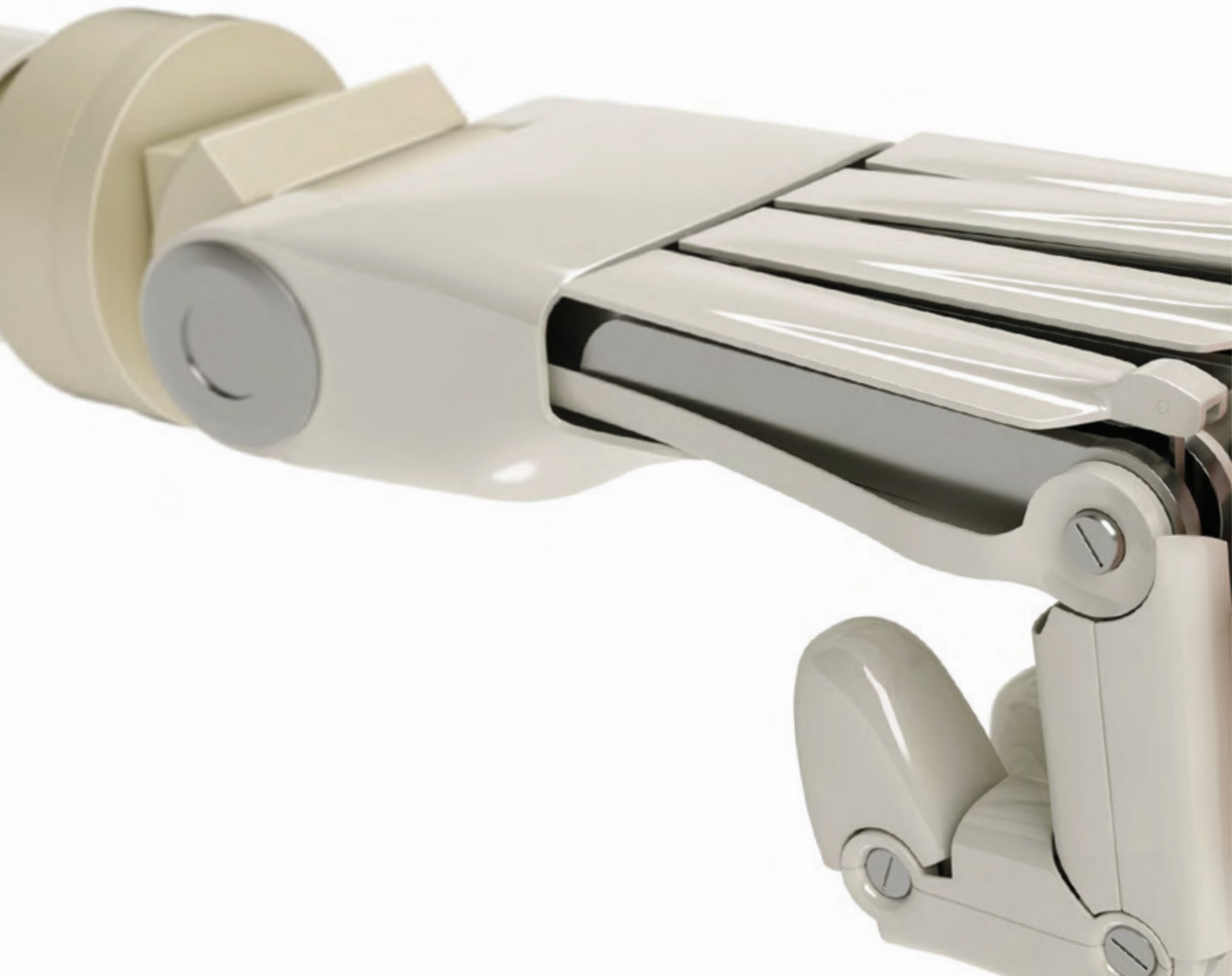
“Siempre hay algo por hacer que no se hace”

creatividad. Sencillamente, no tenemos oídos y ojos y necesidades para emplear a cuatro o cinco mil millones en esos menesteres, suponiendo, y es mucho suponer, que los talentos y las inclinaciones

alcancen para tanta belleza, tanta emoción y tanta verdad.

La primera oleada, nacida de la última macrocrisis financiera, ya ha sepultado a unos cuantos: la persona trabajadora, ni formada ni talentosa, sencillamente *curranta*, honestas manos y pies indiferenciados, el obrero y el oficinista común de antes, está dejando de trabajar. Y no volverá a hacerlo. Pero hay mucho, mucho más en el horizonte inmediato.

Piensen tan solo en dos innovaciones, dos más de los cientos que veremos en veinte años, que ya son una realidad. Piensen en la impresión 3D, en cómo va a alterar (está alterando) para siempre los procesos fabriles a escala mundial. Traten de calibrar cuántos obreros, perdón, fábricas menos harán falta, y en cuántas oficinas y administrativos perderán su razón de ser. Intuyan, así mismo, cuántas menos mercancías se van a transportar. Combinen esto





con los coches autopilotados, que estarán aquí en cuatro o cinco años (ya existen, es una cuestión de infraestructuras, economías de escala y comercialización que finalmente se impongan), y díganme, por favor, qué cara piensan ponerles a su hija o hijo cuando les diga, risueño, que quiere ser taxista o camionero/a. Millones de esos trabajos desaparecerán para siempre, de modo que, para cuando seamos viejos, la presencia humana detrás de un volante será un curioso toque retro frente al que sonriremos al ver una película o escuchar una alusiva canción.

Hay mucha gente que jamás va a trabajar. Tendremos que conseguir que cobren una renta básica, si no queremos que incendien el planeta. Se trata en cualquier caso de una cuestión política, porque recursos habrá para mantenerles; lo que aquí me interesa resaltar es el desafío que todo esto supone para el empleado y el gestor.

Las organizaciones en las que viviremos pasado mañana tendrán menos personas, pero la intensidad de sus relaciones y la importancia de su mutua dependencia será cada vez mayor. Las empresas y las instituciones se van a calentar, en este sentido; y la omnipresencia de lo cibernético y lo artificial hará que sea progresivamente más decisivo el modo en que nos interconectamos. Lo que le ocurra al mundo estará cada vez en menos manos, y por eso cada vez se exigirá más de nuestro liderazgo, de nuestra capacidad ética y de nuestra aportación al conjunto.

“Hay que escoger si en este cuento queremos ser hormiga o cigarra”

Se dibuja, así pues, sobre el cielo y en letras enormes, un término que nos va a acompañar para siempre: *diferenciación*. Van a trabajar muchos menos: si usted o yo queremos ser uno de los elegidos, tendremos que acostumbrarnos —no: acoger la idea

con verdadero fervor— a formarnos siempre en todo momento, y tendremos que apostar por aquellos campos de acción que aún no se hayan robotizado, esto es, los que requieren de algún factor distintivamente humano: la capacidad para entender y dirigirse a otros seres humanos, estimularles y acrecentarles, la capacidad de comprender con visión e integrar conocimientos del modo que los robots no pueden hacerlo, el talento para la conversación creativa y el pensamiento abstracto, para lo interpersonal, para todo lo intransferible a una máquina. A muchas de estas cosas las hemos llamado en el pasado «arte», descuidándolas y despreciándolas en comparación con la habilidad de cálculo, la fuerza, la mera disposición diligente. Ese es un lujo que ya no nos vamos a poder permitir.

Se puede hacer mucho, en lo personal y en lo común, para amortiguar este impacto. Pero tenemos que ponernos *ahora*. Hay que escoger si en este cuento queremos ser hormiga o cigarra. Preguntémonos, con la mano en el pecho, cuánto de lo que hacemos creemos posible que lo haga una máquina. Preocupémonos, sin angustia, con sana alegría, pero sin pausa, por hacernos necesarios para un futuro inquietante que con suerte y esfuerzo tal vez sea, después de todo, mejor. ■

